

ANTE LAS DIFICULTADES ACTUALES DE LOS JOVENES EN MATERIA DE EDUCACION RELIGIOSA

JESUS POLO CARRASCO

La juventud actual y la religión

Me he preguntado muchas veces *qué sucede hoy con la juventud* en materia de enseñanza religiosa. Mi pregunta se sitúa en *los interrogantes* que los chicos hacen. No en el puro hecho de hacerlos. Ni tampoco en su contenido, sino en *el modo de lanzarlos al aire*. No se limitan a exponer sus dudas o a formularlas con serena tranquilidad o por simple afán de saber. Las lanzan con desenfado, muchas veces hasta con desafío, como si se tratara de saetas, pero no en animado y alegre juego dialéctico. Las lanzan con resentimiento, como quien sabe de antemano la respuesta y está de vuelta de todo. Diríase que las vomitan cual suprema y definitiva convicción de su ser en la materia de que se trate. Y las lanzan contra alguien. ¿Contra el Profesor? ¿Contra la Religión? Quizá contra ambos. Contra el Profesor, cual representante de carne y hueso a quien gritar una reivindicación. Contra la Religión misma, como tema de fondo que se desecha. Porque éste es el nervio de la cuestión: que se trata de un rechazo. Manifestado con osadía o con indiferencia, con altivez o escepticismo, pero, al fin, con rechazo. Respaldándose en ideas muy concretas o en pura palabrería inconexa. Pero, en definitiva, con una actitud de repulsa. Incluso hasta de desprecio.

La pregunta inicial se concreta en esta otra: ¿A qué se debe esa repulsa que notamos en la juventud actual por la Religión? Puedo especificar aún más los límites de mi punto de partida. Porque la explosión de esta actitud juvenil yo la sitúo, poco más

o menos, en el año 1965. Desde entonces comenzó a apreciarse por doquier este fenómeno tan inquietante. Diría, pues, con más precisión: ¿Qué sucedió en aquel momento con esta juventud o, si se quiere, con la enseñanza de la Religión en el sector juvenil?

Aclaremos, antes de nada, que, al hablar aquí de “la juventud” no pretendemos incluir a todos los jóvenes ni siquiera anticipar si se trata de la parte más selecta. Nos referimos únicamente a esa porción, más o menos numerosa, que hoy se significa públicamente y pasa por ser, con razón o sin ella, la parte representativa de lo que corrientemente se llama “la juventud actual”. Es éste un concepto, como puede verse, bastante superficial, pero a la vez bastante extendido y como tal lo tomamos aquí sin ulterior exploración y sólo con la precisión indicada.

Lo que ha sucedido es bastante complejo. Con todo no es imposible esbozar una aclaración, porque se han dado hechos y manifestaciones que no han pasado inadvertidos a un observador medianamente atento.

Antecedentes

Recordemos en primer lugar, siquiera sea sumariamente, que desde unos 15 ó 20 años antes de la explosión de repulsa a que hemos hecho referencia, se venía dando en España, trasvasado de otras naciones, un serio proceso de “renovación” que se percibía sobre todo en tres niveles: en la enseñanza de la Religión en general, en el método de preparación para el apostolado y en la especificación de la tarea apostólica misma. Se postulaba, en efecto, una enseñanza más viva, más cálida, más jugosa y cordial de la Religión; reivindicación que se reclamaba desde los ámbitos de la Teología, de la Catequética y de la Pastoral. Por otra parte, se veía como medio sumamente apto para la formación de apóstoles el método de la revisión de vida, con su triple gradación de “ver, juzgar, actuar”, que se extendió rápidamente por los centros de formación de seglares, Seminarios y Casas Religiosas. Y, finalmente, la tarea apostólica por excelencia se vino a concretar en la salvación de la clase obrera.

Sería interesante aducir aquí, como en otras partes del trabajo, datos y referencias bibliográficas. Pero dados los límites impuestos a una comunicación, me resulta imposible hacerlo en esta ocasión. Como importante sería también analizar ahora, con más

visión histórica, los muchos aspectos positivos que tuvo este proceso y las ambigüedades a que de hecho dio lugar.

Es preciso añadir, por exigencias de objetividad, que simultáneamente se introdujeron en el ambiente planes y consignas, procedentes de dirigentes marxistas, que tenían como meta infiltrarse en todo movimiento apostólico particularmente en los formados con elemento obrero, subrayar todo aspecto negativo de la “renovación” y, con especial ahinco, urgir la necesidad de superar esquemas del pasado en Pastoral, Teología y Filosofía, impulsando a la vez la “acción social” de todos los miembros comprometidos.

La “explosión” tuvo un antecedente inmediato cuando, en el año 1962, no pocos teólogos y, en general, hombres de Iglesia, ante el anuncio del Concilio Vaticano II, adoptaron una actitud que bien pudiera calificarse como “de jure condendo”, una postura de “constitucionalidad radical”, como si el “aggiornamento” pedido por S. S. Juan XXIII hubiera de afectar también a los mismos fundamentos de la Iglesia y del Dogma. Pero el hecho en cuanto tal, como fenómeno histórico llegó a darse en España, ya hemos dicho que hacia el año 1965, cuando “los mayores” —es decir, la autoridad social, la autoridad paterna, la autoridad religiosa, la autoridad académica...— *se sintieron desbordados* por la energía y protagonismo de la juventud.

De repente —aunque, para bien o para mal, nada sucede de repente, todo se prepara con mucha antelación— pareció como si comenzara una nueva época. Como si las aguas de un poderoso e inesperado —no tan inesperado, diría yo— torrencial viniera asolándolo todo, particularmente, dado el tema concreto de esta comunicación, en materia religiosa. Los Profesores de Teología o, en general, de Religión empezaron a oír en sus aulas preguntas y dudas procedentes de esquemas mentales totalmente diversos a los que hasta el momento habían sido habituales. Se empezó a notar que los alumnos bebían en fuentes distintas: más aún, que se presentaban, al hablar, al exponer sus punto de vista, cual nuevos profetas de un mundo nuevo. E incluso, surgió el fenómeno, luego tan corriente, de que el alumno estudioso y ávido serenamente de la verdad pasaba a ser un “tipo raro, anormal”. Porque el “normal” era ya el otro, el que se levantaba para combatir con osadía y a cara descubierta doctrinas cristianas fundamentales. A los sacerdotes de parroquia les pasó algo parecido con diversos grupos de seculares, sobre todo si se trataba del llamado “sector

social". En las reuniones de estudio se les hacía callar con relativa facilidad, porque a su doctrina, la mayor de las veces sólida y bien construida, se les oponía la opinión contraria de un "teólogo", de un "escriturista", de un "pastoralista", etc. cuyos textos aducía una revista dedicada al Clero o a Organizaciones Católicas e, incluso, el último periódico.

Crisis de la juventud, crisis de la sociedad

Sin embargo, quien se quedara en los aspectos que he sugerido en esta breve descripción correría el peligro de equivocarse en el análisis. Y, por tanto, en el diagnóstico y en el remedio que debe adoptarse. Decía con acierto un conocido pensador español que cuando se trata de "movimientos históricos", que son mecánica de masas, lo que se dice es siempre mero pretexto, elaboración superficial, transitoria y ficticia, que tiene sólo un valor simbólico y casi incongruente de profundas emociones, inefables y oscuras, que operan en el subsuelo del alma colectiva.

Se hace necesario, por ello, levantar la mirada no sea que la visión de los árboles nos impida ver el bosque. Una vez que hemos tomado la altura suficiente para poder contemplar el fenómeno con más amplitud, advertimos que la juventud de hoy está atravesando una crisis, que se identifica con la crisis profunda que afecta a la sociedad actual. Es cierto que han llegado hasta los jóvenes importantes errores en materia de Fe y de Moral y que han hecho mella en su creencia y en su vida cristiana, en grado muy diverso según la preparación y disposición de cada individuo, de cada familia, de cada grupo o estamento social. Pero el problema que se trata de explicar es mucho más grave. Ambientalmente hablando, una parte notable de la juventud parece vivir al margen de la Religión Católica. Diríase que nunca la han conocido, dando así ocasión a que pueda pensarse que estamos ante una juventud simplemente pagana, aunque ello no sea exacto.

Y es que la nota peculiar de la postura de muchos jóvenes de hoy frente a la religión es que la problemática religioso-moral que viven hunde sus raíces en una *torcida concepción de valores naturales fundamentales* como son la verdad, la libertad, el amor y la justicia. Es un denso "humus" psicológico, más o menos compacto según los casos, hecho de naturalismo, de antropocentrismo, hedonismo, independencia de toda norma, dialéctica de lucha de clases. Una amalgama ideológica que se ha hecho clima ambiental de nuestra sociedad y abono de todas las aberraciones.

No se trata directamente de una negación de Dios y de la Religión. Es algo más profundo. Algo que afecta a las inmediatas al concepto mismo de hombre, a su interna estructuración como persona humana, responsable de su destino y de la marcha del mundo. Creen muchos estar viviendo la nueva luz de una liberación, el alba de un mundo más justo y luminoso; cuando, en realidad, están padeciendo en su propia carne —ellos y nosotros, todos— las amargas consecuencias de la descomposición interna a que ha llegado la cultura occidental. Aquí viven y crecen los jóvenes de hoy. Aquí se “orienta” su vida, sus afanes y esfuerzos. De aquí brota esa repulsa, confusa e irracional pero cerrada, contra Dios y sus mandamientos, contra Cristo en cuanto Dios, contra la Iglesia y sus Dogmas. El cuadro se completa con otra pincelada no menos interesante. El verdadero Dios, el auténtico Cristo Dios y Hombre, quedan suplantados en el ambiente juvenil por un Dios “a mi manera”, por un Cristo, indulgente y amable como nadie, que todo lo acepta y bendice, líder el más valiente y ejemplar de la historia..., pero, al fin, puro hombre como cualquiera de nosotros; en suma, pura ficción, porque ese Cristo no existió jamás.

No me detendré a discutir si esto significa que nos hallamos ante la “decadencia” de una cultura o si se trata mejor, de una “crisis histórica”. En todo caso, es cierto que “al mundo o sistema de convicciones de la generación anterior ha sucedido un estado vital en que el hombre se ha quedado sin aquellas convicciones; por tanto, sin mundo” (...) “El mundo en que vivía se ha venido abajo... No se sabe qué pensar de nuevo. Sólo se sabe o se cree saber que las ideas y normas tradicionales son falsas, inadmisibles. Se siente profundo desprecio por todo o casi todo lo que se creía ayer; pero la verdad es que no se tienen aún nuevas creencias positivas con que sustituir a las tradicionales”. Y en esta época, como en todas las similares “son muy frecuentes las posiciones falsas, fingidas. Generaciones enteras se falsifican a sí mismas” y “se embalan en... doctrinas que son insinceras y que llenan el hueco de auténticas convicciones”.

Falsificación de sí mismo, insinceridad, hueco de autenticidad: esto es lo que ha sucedido. Y precisamente en los cuatro conceptos humanos fundamentales a que acabo de hacer referencia: los conceptos de verdad, libertad, amor y justicia.

El concepto de verdad

Frente al *realismo de la verdad objetiva* (en cuanto opuesta a error) se da una actitud de subjetivismo antropocéntrico, en que el hombre, en nuestro caso el joven, se convierte en medida de las cosas y de los valores ("Esto me va, esto no me va"; "Me cae bien, no me cae bien"). Y no es infrecuente toparse con una indiferencia visceral ante la realidad objetiva y ante una jerarquía objetiva de valores arropada por el principio pocas veces confesado, de "no complicarse la vida". En vez de "logos", la "praxis". Pero no es que no se piense; se piensa sólo lo imprescindible para adoptar frente a la vida, a las diversiones, a las relaciones con otras personas, frente a la Religión una actitud despersonalizada, masificada que, sin embargo, deje adormilada y en silencio la voz de la conciencia. La "praxis", que en los espíritus selectos es la última consecuencia de un "logos" poderoso, abierto al ser, es en nuestro caso el mejor narcótico para quien prefiere seguir de espaldas a la realidad. Por otra parte, es muy corriente también oír: ¿Cómo vamos a poseer sólo nosotros la verdad? ¿No significa esto una arrogancia inadmisibles en un mundo tan complejo? Cada uno puede tener *su parte de verdad*. También el comunista o el ateo. Y, siendo así, hemos de juntar todos los retazos de verdad que posee cada grupo social o religioso y lograremos una verdad más aproximada, aunque nunca absoluta. En este concepto relativista de la verdad se confunde, quizás involuntariamente, lo que puede suceder en las Ciencias (cada uno logra *descubrir* una parte de verdad; el que luego viene ha de asumir el hallazgo anterior) con lo que sucede en Filosofía (la aprehensión cognoscitiva de la realidad puede ser incompleta, pero si es verdadera lo es para siempre) y con la Fe, donde Dios nos *ha revelado* toda la verdad salvadora, la verdad absoluta, en Cristo Jesús, culmen de la Revelación y sólo la única verdadera Iglesia la posee en plenitud por pura liberalidad de Dios.

La insinceridad de esta postura se puede ver a poco que se analice ese subjetivismo, esa indiferencia o ese relativismo. Porque, en el fondo, no son más que otras tantas formas de *miedo a la verdad*, porque, de aceptarla exigiría quizás muchas y muy importantes rectificaciones en la vida. No aceptan fácilmente los jóvenes, sobre todo los que podemos ver mejor tipificados en esta descripción, que sea éste su caso. Tengo que admitir que no he hallado mejor medio de convencerles que el ser comprensivo con ellos, conseguir que hagan al día algún sacrificio y algún breve

rato de oración sincera y, con esto, irles asociando suavemente a tareas apostólicas o de beneficencia acomodadas a su edad y posibilidades.

El concepto de libertad

La libertad se entiende como mera independencia. Desvinculación de Dios, de la familia, de la sociedad y autoridad civil, de todos los usos y costumbres del pasado, como algo que deforma y anula la personalidad propia. No tiene cabida aquí el pensamiento de que la dependencia ontológica de Dios lleva implícita una dependencia ética y que toda autoridad legítima y toda ley justa es a la vez respaldo y orientación de todo ejercicio recto de la libertad. Toda dependencia, por más fecunda que en realidad pueda ser, se siente sencillamente como antagónica de la dignidad del propio individuo. Y ya se sabe: el joven quiere, con todas sus fuerzas, ser él mismo, llegar a ser alguien. Lo mismo que el hombre maduro tiene a menos que alguien le mande.

La vanidad que se oculta tras esta actitud consiste en que la libertad es la capacidad que la voluntad posee de elegir por sí misma y la voluntad humana no puede estar en situación de vacío. Nadie, absolutamente nadie, puede escapar de la ley: o se elige la ley que libera o se escoge la ley que esclaviza. O se apuesta por Dios o se queda uno consigo mismo. Pretenden algunos evitar este dilema buscando una tercera vía: la vía de la neutralidad, de la abstención. Olvidan que, frente al bien, la misma abstención es ya una forma de elección: la del que *huye de la responsabilidad*. Es cierto que toda elección implica una limitación, una renuncia. Pero esta limitación es condición necesaria de toda acción fecunda. Como toda entrega de amor lleva consigo una aceptación responsable y, a la vez, una negativa a cuanto contradice ese amor. Todo "sí" profundo lleva siempre, de la otra cara, un "no" gozoso y razonable. Cuando pretende uno quedarse entre el "sí" y el "no" vive en un reducto de quimera y soledad infecunda. Por ello, o lucha uno por encauzar todas las fuerzas del ser por la grandeza del amor o acaba por caer en la dispersión interior y en la anarquía. No hay más que esta alternativa: o aceptar el orden del ser en el propio obrar, poniendo a Dios como meta y gozo último de todas las acciones, o padecer las consecuencias del desorden elegido, que son la angustia y destrucción interior ante "el paraíso perdido". La naturaleza acaba por vengarse de quien comienza por ignorarla. Quien para

ser “él mismo” empieza por rechazar a Dios, a toda autoridad legítima y toda ley justa, en realidad está desechando el único fundamento estable de su personalidad y de su dignidad humana.

Que la voluntad no puede estar en suspenso y que la neutralidad es una forma de irresponsabilidad, lo saben muy bien quienes, en este duelo a muerte que en España se viene librando desde hace años en materia de educación, se apresuran a imbuir en la mente de los jóvenes, ya desde muy niños, una trasposición general de valores. Donde nosotros hemos dicho “Dios”, ellos dicen “el Partido” en la lucha por un “mundo nuevo” y por un “paraíso conquistable aquí en la tierra”, causa —añaden— por la que vale la pena empeñar todas las fuerzas aun a costa de la propia vida, si fuera menester. La pedagogía en verdad sería perfecta, si la metafísica no fuera deleznable. Pero ¿quién va a detenerse a examinar la filosofía subyacente, si “la verdad” no existe?

En contraposición, hay ambientes católicos, donde la metafísica es perfecta, y sin embargo se postula, en nombre de la libertad religiosa, que se retrase el bautismo de los niños hasta que ellos, de mayores, pueden elegir “libremente”. Y que no se “moleste” con la predicación o la manifestación clara de la verdad de Cristo y de la Iglesia a los descreídos, para que puedan, también ellos, elegir “libremente”. Y se dice que la Jerarquía de la Iglesia debe abrirse a la aceptación de un celibato opcional para que, durante todos los días de la vida, pueda vivirse “libremente”. Como si el bautismo no fuera ante todo un don de Dios, cuya gracia da luz y fuerza para obrar con más conocimiento de causa y mayor rectitud. Como si la manifestación de la verdad fuera una suplantación del último acto de determinación personal y no, más bien, una presentación de la realidad y del bien, que apetecen el entendimiento y la voluntad por su propia naturaleza. Como si una aceptación libre y responsable no pudiera hacerse de por vida, ante Dios, contando con su gracia y agradeciendo la ley o la determinación que me impida caer en la locura de ser algún día infiel a mi palabra dada a Dios.

El concepto de amor.

El amor humano ha quedado reducido a pura satisfacción sexual. Se ha banalizado tanto que, cuando uno pretende hablar de él dando los ingredientes o componentes de un amor verdadero, hay grupos que sonrían abiertamente con el mismo aire de suficiencia e incredulidad con que los atenienses se rieron de S. Pa-

blo cuando les citó la resurrección. Se ha "cosificado" hasta un grado tal que, cuando hoy dicen "hacer el amor", todos entienden que se trata simplemente de una pura relación carnal de placer. Se toma o se deja a la pareja según el gusto de cada cual; la frase acuñada lo da a entender con claridad "pareja sí, matrimonio no". Y el matrimonio se acepta por muchos únicamente con un carácter de provisionalidad, aunque ello equivalga a unir dos cosas contradictorias por naturaleza. Y no es que se trate simplemente de que se huye también aquí de toda responsabilidad. Es algo más hondo, que afecta al *cambio conceptual de la palabra "amor"*. Hoy el joven o la joven que ama tiene que empezar por una lucha de purificación, de restauración del concepto mismo. Si no logra convencer a su pareja, no puede hacer otra cosa que o abandonarle para siempre o claudicar ante las exigencias del concepto mismo, fabricado previamente por el ambiente sensual y hedonista que hoy vive la sociedad.

Por fortuna, son muchos los jóvenes que conciben el amor como algo limpio, embellecedor, sublime y hasta sagrado, como la fuerza más ennoblecedora que ha colocado Dios en el ser humano. Pero esta realidad no puede hacernos olvidar la triste descripción anterior, que deja llorando en la cuneta de la vida a tantos jóvenes y que supone uno de los aspectos más degradantes a que ha podido llegar el hombre. Porque, junto a todo lo negativo que este ambiente lleva en sí, hay que añadir el lastre que deja en el alma impidiéndola ascender a horizontes más claros de pureza, abnegación, sacrificio, donación generosa y limpia, rectamente ordenada, de la persona. En tal ambiente de corrupción, en que el hombre se degrada a la condición de la bestia que sólo vive a impulso de sus instintos, no sólo se dificulta hasta límites insospechados una entrega limpia y de por vida a quien se ama. Se impide también la visión y entrega a todo ideal noble, a cualquier causa altruista que lleve el sello del amor a Dios y a la humanidad. Se cortan las alas interiores del ser humano. Al hombre, que Dios creó para la belleza y la plena felicidad, se le ofrece vivir a ras de tierra, más aún aherrojado en el subsuelo de los propios instintos sin permitirle gozar, ni por un momento, de los bienes del espíritu.

Algunos pretenden legitimar la proyección de películas, la representación de espectáculos o la edición de revistas o libros, de tipo pornográfico, apelando a la madurez del hombre "formado". Vana razón. Porque son precisamente los hombres formados los

que rechazan tales manifestaciones de abyección y comercialización del sexo. De forma similar, hay quienes para abrir una solución a los “matrimonios rotos”, pocos o muchos, pretenden introducir legalmente la ley del divorcio. ¡Bonita jurisprudencia la que para facilitar un bien muy hipotético de una parte, acepta el mal cierto de la totalidad! Porque, dígame lo que se quiera, es un hecho inconcuso que divorcio engendra divorcio y disolución engendra corrupción.

El concepto de justicia

A quienes se les encuentra así vacíos de un sentido realista de la verdad, vacíos de toda autoridad y de nobles afanes, pero, a la vez, con suficiente energía para salir a la calle a hacer algo en la vida, se les pone delante, con vivos y dramáticos rasgos, *la injusticia actual del mundo* y se les convoca a la suprema tarea de reconstruir otro nuevo. Porque la injusticia atraviesa todo el vasto mundo de arriba abajo y de un lado al otro. Estos son los distintos niveles:

El primero, de *la realidad material*. Se les dice a los jóvenes, a la sociedad entera, de mil modos diversos, que “la propiedad es un robo”. Por tanto, lo que se tiene enfrente es un “capitalismo” y, como tal, injusto, inadmisible y condenable. Nótese bien, no ésta o aquella forma de propiedad, sino toda propiedad sin discriminación alguna.

El segundo nivel es de *las personas*. Los detentadores de la propiedad son unos injustos “explotadores” de otros cuantos en la sociedad, que no pueden en verdad recibir otro nombre que el de “explotados”. Se personaliza así lo que antes era abstracto. Ahora se trata ya de “los capitalistas” y se añade otro concepto: el de injustos agresores, el de “enemigo de la clase obrera” por el puro hecho de tener dinero.

Tercer nivel: los “enemigos” han creado una potente red de percepción, administración y distribución del “capital” de acuerdo siempre con sus principios e intereses. Son *las estructuras* anquilosadas y paralizantes frente a las cuales grita inútilmente “la vida” de las masas ávidas de participar en los beneficios que a ellas no llegan. Por ello, para tener fuerza es preciso “unirse”.

Cuarto nivel: el de la estructuración de la Sociedad. Frente al individualismo capitalista, es preciso proclamar la necesidad de un fuerte *colectivismo comunista*, en que todos los hombres sean iguales y reciban igual por su trabajo hecho no por razón

de intereses particulares sino para bien de todos, representados en y por el Estado.

El quinto nivel es el que se refiere al progreso histórico. Sólo mediante *la lucha de clases* podrá llegarse a esa igualdad colectivista. Es una etapa de lucha a muerte, pero necesaria para llegar al "paraíso del proletariado".

Repetimos que en todo este planteamiento está del todo ausente la medida, el discernimiento. Con lo que la parte de verdad, que en algún punto de cuanto hemos dicho es fácil encontrar, se deforma y envilece al hacerse simple piedra de todo el edificio.

No concluye todo en esto. En la acción, en esta acción —se dice— está la única "mística" digna del hombre de hoy, de todo joven que todavía sienta valentía suficiente para cambiar el giro de la historia.

Más aún, llegan a decir que ésta es *la liberación, la revolución* que Cristo vino a traer a la tierra. Y que todo lo demás —Religión, Dios, Cristo Dios, la Iglesia como realidad sobrenatural, etc.—, si han de ser algo más que simples figuras "míticas", han de insertarse en la lucha por el progreso inmanente del mundo.

De modo que, en torno al tema de la justicia, nos encontramos con una serie de afirmaciones que implican nada menos que una *cosmovisión* con definitivos juicios de valor sobre el mundo, el hombre, la historia y el lugar que, dentro de estas realidades, le puede caber a Dios, a Cristo y a la Iglesia.

No puedo detenerme aquí a concluir el cuadro, presentando el influjo que estas ideas han causado en ambientes católicos y el sincretismo y amalgama que algunos han realizado. Pero sí quiero advertir que ese confusionismo, de una forma o de otra, con mayor o menor nitidez, ha llegado a los jóvenes, bien por contacto directo con sacerdotes o religiosos inficcionados de esta forma de pensar, o bien por los medios de comunicación que tienen a su alcance.

Sugerencias para la acción educativa

Ante el análisis que acabamos de hacer, se impone la pregunta: ¿Cuál debe ser nuestra postura? O mejor ¿cuál *puede* ser la actitud *más eficaz* para lograr transmitir a la juventud, que en España es cristiana en su casi absoluta totalidad, el Mensaje de Cristo? Intencionadamente he formulado así la pregunta, aun consciente de que el problema que se nos plantea es el de humanizar al hombre, porque conviene orientar con precisión desde

el principio la tarea específica que corresponde al educador de la fe. Decir hoy que es preciso reconstruir la realidad humana del hombre y después, en un después cronológico, una vez conseguida esta meta, emprender la labor de formación religiosa, sería tanto como volver a caer en el error progresista del pasado.

Hecha esta advertencia, conviene todavía hacer otra que le sirve a la anterior de complemento obligado: el anuncio y transmisión del Mensaje Cristiano *hoy día exige unas condiciones de adaptación* especiales, las cuales corresponden a la situación de la sociedad actual, que hemos descrito más arriba. No de adaptación *filosófica* del Mensaje mismo, que entrañaría el serio peligro de llevar a mutaciones conceptuales inadmisibles, sino de adaptaciones *pedagógicas* que dejando inalterado el Mensaje, en toda su fuerza conceptual e incluso en su formulación, pudiera prender en la mente y el corazón de la generación actual.

Teniendo esto en cuenta, considero que los formadores de la juventud (padres, educadores, sacerdotes, profesores de Religión, etc.) hemos de tratar de conseguir unas cualidades que, si nunca han estado de más, hoy son especialmente importantes. Recojo a continuación las que me parecen más significativas, cada una de las cuales constituye un *aspecto* de la postura que habría de adoptarse.

1. En primer lugar se necesita capacidad de reflexión, capacidad de síntesis, visión histórica. El problema que tratamos de solucionar es complejo. Es interesante, pues, hacer el mayor acopio de datos sobre el fenómeno de este rechazo que los jóvenes sienten hoy por la Religión, que se encuadra, como hemos dicho, dentro de una crisis profunda de valores humanos fundamentales en la Sociedad actual. No podemos cerrar nunca definitivamente el análisis, cada vez más profundo, sobre la historia.

Esta visión de altura nos dará la *serenidad* suficiente cuando, a la hora de hacer balance sobre los frutos alcanzados, contemplemos que nada o casi nada de cuanto hemos dicho "ayer", ha sido asimilado "hoy". Es siempre lento, excesivamente lento, el tiempo que las ideas tardan en llegar a popularizarse en la masa e influir en ella. Hoy estamos padeciendo el influjo de ideas que surgieron por vez primera en la mente de ideólogos de hace un siglo o un par de ellos. La semilla que hoy lanzamos al aire tardará en germinar. Pero llegará su hora. Tengamos en cuenta, además, que hoy es más fácil llegar pronto a la sociedad, lo mismo para bien que para mal. Los medios de comunicación social

igualmente pueden servir para una manipulación de la sociedad en distintos aspectos, cual sucede hoy día en no pocos ambientes, como para una auténtica reconstrucción.

Con la serenidad se dará la mano a la *esperanza*. A juicio de los pensadores más conspicuos, el giro de la sociedad empieza a cambiar de rumbo. No es sólo que "las aguas van cediendo". Se trata de algo más significativo. Después de tanto ensayo, de tanta provisionalidad, de tal cantidad de intentos fallidos, nos encontramos en la situación que describe así uno de estos estudiosos de la historia: "Lo que va a ser la verdadera y definitiva solución de una crisis profunda es lo que más se elude y a lo que mayor resistencia se opone. Se comienza por ensayar todos los demás procedimientos y con predilección los más opuestos a aquella única solución. Pero el fracaso inevitable de estos deja exenta, luminosa y evidente la efectiva verdad, que entonces se impone de manera automática, con una sencillez mágica".

2. El educador de la fe debe poseer además *sentido pedagógico*. Para advertir en primer lugar, que la tarea de humanizar al hombre exige hoy todo el *tacto y el empuje* que pedimos al auténtico educador. No se preocupe en exceso quien, al leer *El educador nato* de Spranger, se vea a enorme distancia del ideal. Quizás le ayuden a volver con más ilusión a su quehacer las reflexiones que hace J. M. de Buck en su libro *Educadores a la deriva*. En segundo lugar, para tener muy en cuenta que hoy se siente por doquier la *necesidad de un liderazgo*, que evidentemente no podrá darse sin la existencia de un líder y de un conjunto de personas que le sigan por una elevada captación de su grandeza moral. Los hombres, sobre todo los jóvenes, esperan la "llegada" de un auténtico líder, que les señale una gran empresa en la que emplear a fondo la vida. Podrá y deberá haber muchos líderes, cuantos más mejor. Pero en la materia que tratamos, Dios concede de vez en cuando a la humanidad que el mismo Vicario de Cristo, representante nato del Señor, ocupe, a la vez, un puesto singular en la lista de líderes de la sociedad. Cuando esto se da, como es el caso hoy día de S. S. Juan Pablo II, su persona despierta entusiasmo en grandes masas, aún entre quienes no son católicos. Su mismo Mensaje cristiano eleva la multitud de oyentes o unos horizontes de grandeza humana, que les hacen entrever la corrupción en que quizás viven ellos y muchos semejantes y anhelar de algún modo una "vida nueva".

Esto nos lleva, en tercer lugar, a poner de relieve que los buenos pedagogos han tenido que *contradecir* muchas veces los gustos y quererres de sus contemporáneos. Y, no obstante, fueron oídos gracias a *su amor al mundo*, gracias a su *entrega generosa y desinteresada* a la tarea de proclamar la verdad y el sentido de la vida humana, el sentido del amor y del sacrificio, lo mismo que de la magnanimidad y del servicio alegre a los hombres. Todavía diremos, en cuarto lugar, que el sentido pedagógico nos facilitará la labor de *sacar, por elevación*, a la sociedad actual de la crisis que atraviesa. Se trata de no dejarse prender en las redes sutiles del sinsentido, de “no entrar en su juego”, de no darle categoría de “signo de los tiempos” a lo que es una triste situación de hecho, muy diversa de lo que “debería ser”, sino más bien, de presentar los amplios panoramas de la dignidad del hombre auténtico, los valores humanos en toda su integridad y fuerza transformadora.

3. Finalmente quiero destacar que el educador de la fe debe, a la vez “simul tempore”— y sin que esta tarea se desligue de la anterior, entregarse de lleno a la *proclamación del Mensaje Cristiano*. Con toda la preparación que pueda y con toda la humildad que es menester para proclamar la salvación de Cristo y no las propias opiniones. Para no presentar la Fe como una ideología ni como simple perfeccionamiento de la cultura humana, a la vez que para asumir las verdades conquistadas por el entendimiento humano e integrarlas dentro de la Revelación sobrenatural.

No puede caer el pedagogo de la fe en el *peligro de callarse* por un falso respeto a la libertad de los individuos en materia religiosa. Todo lo contrario. El Vaticano II, antes de reconocer como principio de derecho natural el de no ser coaccionados por nadie a abrazar una creencia, declara que cree y profesa que Dios reveló un único camino de salvación y que éste persiste en la Iglesia Católica (cfr. *Dignit. hum.*, n. 1).

Se hace cada día más urgente superar el fenómeno intraeclesial que ha dado en llamarse “pluralismo teológico” cuando se trata, como sucede en ocasiones, de una verdadera pluralidad de fe. Si es preciso aunar esfuerzos, es más necesario aún impedir la dispersión conceptual que anula o mutila la Revelación. En este punto, con mayor motivo que en otros de tipo disciplinar, tenemos los fieles y los sacerdotes *derecho a la obediencia*, es decir, derecho a ser advertidos con claridad, comprensión y fre-

cuencia por el Magisterio de la Iglesia. Cada vez que el Magisterio proclama de nuevo y en su momento oportuno la Fe que perennemente ha profesado la Iglesia, con las nuevas explicaciones que los problemas del momento van exigiendo, está poniendo en el corazón y en la boca de los educadores de la fe la mejor semilla para que el campo de la sociedad, concretamente de la juventud, dé nuevos y sazonados frutos.